

a Nadir Faini, in memoriam

Lo habíamos amado como seguramente
Salgari había amado ese nombre.
Profesor de historia en el colegio nacional
y serio orador en los actos de la comuna,
el hombre al que tantas veces habíamos visto
bajo árboles mal iluminados ocupar
uno de los bancos de la plaza,
cuando las calles estaban vacías
y la gente se acomodaba alrededor
de la cena caliente, está muriendo.
Mirad las fotografías donde aparece
con un papel en la mano, sobre una tarima
en la plaza o el colegio. Nada, al verlas,
nos recuerda la pasión de su cara enrojecida
en charlas de sobremesa, o el fastidio
que lo hacía resoplar cuando, al atardecer,
las campanas anunciaban misa.
Nada en todo su cuerpo, ninguna señal.
Su respiración suena como el frotar lento
de un trapo contra la madera: agotados
los brazos, parecen ramas inútiles.
Y lejos de su cama, abrazadas,
tres mujeres mirando la frente y esos pómulos
grises. Mientras hablan de la belleza,
y temen que sus caricias lo arrimen a la muerte,
sus ojos recorren los anaqueles
donde están los nueve libros de Herodoto,
los diálogos entre Hilas y Filonus,
las pasiones del alma, de Descartes.

Acá el muerto en su cajón
y tu impulso de entomóloga por ver
si en la sangre, seca como harina,
perdura algún deseo. Quién sabe
si a su alma, fuego, vapor o número
llega el temblor de los caireles,
el paso del agua por la cañería.

Pocas hojas muy verdes en las ramas
de uno y otro álamo, y el resto un sueño:
muros de árboles casi muertos
estirados como juncos altísimos
a los costados del camino.
¿Quién piensa aquí en el deseo
de agua que fluya entre la roca?
Tierra agrietada, la mica reseca los labios
y la quietud del cielo amenazando tormenta.
Como este largo sendero hacia la nada,
como este largo, largo sendero,
busco eso que vuelva las cosas a su lugar:
alegrarme de estas pocas hojas verdes,
de estar bajo y cerca del cielo
en un camino de montaña,
de la frescura de un río donde las nenas
se mojen los pies, reconociendo
formas y colores en las piedras.

Cuatro nenas juegan a saltar
charcos de agua. Dándose tiempo
se divierten al ensuciar sus vestidos
bajo la luz amarilla
—están perdidas.

Una a una fueron a esas casitas
de mazapán en el campo
—aldeas eslavas donde familias
bla bla bla.

Y mientras miro los costados
del camino sin árboles,
escucho voces —las risas
regresan en imágenes
confundiendo la memoria.

No veo la hora de llegar a Diamante.

No habrá en ese atardecer
un color único que en los cuerpos destelle.
La combinación de rojos, amarillos y grises
cubriendo campos y ciudades
hará que la mirada se estremezca
ante el mundo ahora invadido.
Este río, no ávido de furia,
que miro mientras cago en cuclillas
desde los arrozales, desbordará.
Viento helado soplando, la línea
de la costa borrada y de la isla
sólo restos: el alto vuelo de una garza,
las ramas del sauce, mansas,
cayendo en lo que fue la orilla.

¿Por qué, si la gota resbala
de hoja en hoja, suave
hasta caer, entre muchas otras,
al pie de la higuera,
incluso si la rama se mece
y facilita a cada gota su caída,
el alma busca en la máxima quietud
la rama torcida y la hoja más áspera?